

en cuyo caso, como ese hombre estaba acostumbrado á referir la sensacion al pie, escitándosele ahora la misma sensacion, le ha de doler el pie que ya no tiene como si le tuviera; al modo que cuando miramos á un espejo estamos viendo el objeto que está á nuestras espaldas como si louviésemos enfrente, porque las fibras de la retina se escitan de la misma suerte que se escitarian en caso que el objeto estuviese enfrente de nosotros.

EUG. — Pues aun así apenas creo el caso, con vuestra licencia.

SILV. — Yo salgo por fiador de él, pues en los hospitales de cirujia se ve esto todos los dias: yo por lo menos he sido testigo de ello en el de *San Eloi* de Mompeller.

EUG. — Pero ya que es así, podrá nacer de la causa que da Teodosio.

SILV. — Conforme á los principios de Teodosio es cierto.

TEOD. — Mucho me he detenido en los sentidos esternos en particular: saquemos ahora una doctrina general para toda sensacion. Lo primero tenemos que todas se principian á hacer en el órgano esterno, y que de él se comunica la impresion al cerebro, y que allí se perfecciona la sensacion.

EUG. — ¿Y de qué manera?

TEOD. — Dirélo. Nuestra alma racional es la que siente, valiéndose de los órganos corpóreos como de instrumentos, porque *esta sensacion es una percepcion del alma, escitada, no inmediatamente por la impresion del sentido esterno, sino por la impresion ó vestigio del cerebro*. Lo cual se prueba, por-

que mientras no hay en el cerebro esta impresion no sentimos, á causa de que no está escitada el alma. Ni tampoco, aunque haya impresion en el cerebro, se siente si el alma está aplicada con mucha intension á otro objeto, como sucede en los éstasis ó arrobamientos; y cuando estamos fuertemente embebidos (como dicen) en alguna cosa de gusto, no advertimos lo que nos dicen, ó lo que pasa por delante de nuestros ojos. En estos casos no es bastante la impresion para escitar el alma á que forme la percepcion del objeto. Fuera de esto, si no habiendo ya impresion en el sentido esterno, el vestigio que se conserva en el cerebro vuelve á escitar al alma (como sucede en los sueños), vuelve el alma á sentir segun lo ejecutaba cuando tenia el objeto presente. Luego toda sensacion no es otra cosa que una percepcion del alma escitada por la impresion que vino de los sentidos esternos, y está en el cerebro. Pero para que me entendais mejor es menester tratar de los sentidos internos y de otras cosas de que tengo determinado hablar esta tarde.

## § VI.

De los sentidos internos, donde se trata de las pasiones é instintos.

EUG. — ¿Y cuántos sentidos internos tenemos nosotros?

TEOD. — A mas de los sentidos esternos que acabamos de ver, ha habido quien ha supuesto en nosotros un sexto sentido. Buffon, sobre todo, lo ha

supuesto para indicar el origen de las sensaciones que experimentan los animales al reunirse para reproducirse. Los partidarios del *magnetismo animal*, ó al menos algunos de ellos, hablan de uno como sentido desarrollado en los somnámbulos que vela cuando los demas están despiertos.

EUG. — ¿Acabais de pronunciar dos cosas que no entiendo, *magnetismo animal*, y *somnámbulos*, que significa todo esto?

TEOD. — Somnámbulos llaman á aquellos que hacen, dormidos, muchas cosas, y tan bien como si estuviesen despiertos.

EUG. — Ya he oido ya hablar de esta casta de dormidos.

TEOD. — Este estado puede ser natural; esto es, no provocado por ninguna accion de un hombre ó muger sobre otro, ó bien por ciertos gestos que hacen algunos individuos á otros, con lo cual, segun dicen, que yo no lo he visto nunca, los endormecen y ponen somnámbulos; en uno y otro caso estos individuos ejecutan actos que requieren el uso de los sentidos y la inteligencia, y sin embargo ninguno de estos está en accion, pues al salir de semejante estado nadie se acuerda de lo que ha dicho y hecho durante el *somnambulismo*, lo cual prueba que aquellos no jugaron, de lo contrario hubiesen dejado vestigios en la memoria. A mas de que tienen los ojos cerrados y marchan y asen los objetos, etc.

SILV. — Yo no niego que haya somnámbulos naturales, porque es demasiado comun este fenómeno para negarlo, y las obras hablan de ello ya como

fenómeno fisiológico, ya como enfermedad: lo que no puedo admitir es que con cuatro gestos pueda un hombre ó una muger adormecer á otro y ponerlo somnámbulo.

EUG. — Tambien me parece esto muy estraño.

TEOD. — Muchas cosas hay en este mundo que parecen estrañas, amigo mio, y con todo no por esto dejan de ser tales cuales son. No sois solos en no admitir ó en dificultar la existencia de este poder, que lleva por nombre *magnetismo animal*; pues ha habido sus reyertas bastante encarnizadas entre los médicos sobre si es ó no patraña su existencia. Como este es un punto sobre el cual no tengo muchos datos, ni he discurrido mucho, no me queda otro recurso que decir sino que, ni me adhiero á todo lo que alegan en favor los partidarios, ni á todos los razonamientos que oponen los antagonistas del *magnetismo animal*. Quiza si unos y otros supieran entenderse se hallaria algo digno de ser estudiado. Como sea, dejémoslo para ellos y vamos adelante con lo nuestro. Si no está probado que tengamos un sexto sentido, es innegable que tenemos sensaciones espontáneas, esto es, no producidas por objetos exteriores que vengan á llamar á las puertas de nuestros cinco sentidos. Todos nuestros órganos pueden hacernos sentir varias impresiones que podremos distribuir en tres especies, una abrazando las que nacen cuando los órganos quieren obrar; otra cuando están obrando, y otra en fin cuando ya han obrado. El hambre, la sed, las ganas de hacer agua mayores y menores, de respirar, etc., pertenecen á la primera; los sueños, los pensamientos, el placer ó

disgusto de la comida y bebida, de la marcha, y demas funciones, pertenecen á la segunda; á la última por fin, pertenece la fatiga, si hemos obrado mucho y la satisfaccion que resulta de una necesidad satisfecha.

EUG.— Mucho me complace esta distincion; pues la hallo muy natural.

SILV.— Y aun pudiereis añadir las mil y una que producen las enfermedades.

TEOD.— Esto es cuidado para los de vuestra facultad. Todas estas sensaciones se llaman internas ó sentimientos; por lo demas, son tambien los nervios los encargados de comunicar al alma las impresiones que dan lugar á ellas, y no son mas aplicables que las que resultan de la accion de los sentidos esternos. Todo cuanto se ha dicho ha sido puramente hipotético; y mas vale pasarlo por alto que disparatar como los unos ó no entendernos como los otros: digamos simplemente que la accion de los nervios es una accion vital y basta.

SILV.— De este modo no explicais nada.

TEOD.— Tampoco explicaria cosa de otro modo, y empleariamos tiempo en vanidades que podemos emplear en estudios mas asequibles para nuestros alcances limitados. Una cosa notareis fácilmente que pone un sello de distincion á cada clase de sensaciones: las esternas suelen ser claras, despejadas, precisas, y de mayor duracion en la memoria, en especial si los sentidos se hallan en buen estado: mientras que las internas suelen ser vagas, confusas, escurridizas y nunca bien determinadas.

EUG.— Teneis mucha razon: yo tengo una idea

bien clara de los colores, de vos, de vuestra casa, etc., sin que me suceda otro tanto de la accion de los pulmones, del estómago y otras. Mas ¿y qué me decís de la inteligencia del hombre, es materia que pueda yo saber?

TEOD.— Por que no: mas no ha de ser esta tarde, pues os tengo reservado un curso de lógica donde tocaremos las funciones de la inteligencia y su ejercicio natural y educado.

EUG.— Fácilmente me resuelvo á aguardar; porque ya presumo que las funciones de la inteligencia tienen su asiento en el cerebro; no me sucede otro tanto con las pasiones, pues no sé verdaderamente donde tenemos el odio, el amor, la venganza, la ira, etc., y me agradaria saber al menos si hay órganos para ellas como los hay para la respiracion, digestion, circulacion y demas.

TEOD.— No sois vos el primero que tales deseos ha alimentado: ya los antiguos ponian la cólera en la cabeza, el valor en el corazon; el miedo en el *ganglion semilunar*, etc.; Bichat dió por residencia á las pasiones los órganos especiales de la vida orgánica; Gall, Spurzheim, Forsati, ó los llamados *frenólogos* atribuyen las pasiones, instintos y facultades intelectuales á diferentes porciones del cerebro, cuyo desarrollo se trasluce al exterior por las abolladuras que su crecimiento notable hace en los huesos del cráneo. Mas tened por prudente pensar que las pasiones é instintos son sensaciones internas que no pueden tener sitio determinado; y lo mas que es dado decir es que dependen de la accion de los nervios, y en especial del cerebro. Yo podria

esplicarme aquí detenidamente sobre las partes de esta víscera que pertenecen á cada una; mas no pudiéndoos decir nada que esté bien verificado prefiero aprovechar el tiempo para otras cosas. Así digamos dos palabras de los instintos y pasiones por lo que son en sí, hecha abstraccion de su sitio ó residencia. Sin instintos y pasiones el hombre no sería lo que es; los primeros le conducen al ejercicio de los actos por los cuales la naturaleza quiere cumplir su objeto; los segundos, aunque tienen el mismo fin, lo hacen de una manera mas violenta; constituyendo al hombre en un estado de felicidad ó de desdicha. Los instintos son en el hombre *ilustrados*, porque sabe á que van; en los brutos son *ciegos*, porque ignoran su objeto. Pero lo que es el instinto, cualquiera que sea, tiene dos fines; uno la conservacion del individuo, otro la conservacion de la especie; para lo cual trabaja cada animal á su manera segun como está organizado; por esto hay tantos y tan varios instintos. El instinto del hombre es susceptible ademas de otra distincion, porque el hombre natural se diferencia bastante del hombre artificial ó civilizado: como animal tiene un instinto dependiente de su organizacion á poca diferencia análogo al de los irracionales: este es el que le guía en el estado salvaje. Mas en el estado social se le desarrolla otro instinto, que si bien no es del todo independiente de su organizacion, puesto que á esta se debe todo acto vital que en ella se verifica, solo se desenvuelve cuando el hombre se ha rozado con la sociedad. Diríase que es la fragancia del café que se desarrolla tostándolo. Puesto que depende el

primero del animal; puede dársele el nombre de *instinto animal*, tal es el del hambre, sed, necesidad de vestirse, de darse habitacion y buena vida; el temor de la muerte ó de los males; los deseos de hacer mal á otro que nos lo puede hacer; los deseos venereos, el interés que inspiran los niños, viejos y débiles, la tendencia á la invitacion, á vivir en sociedad, etc. El hombre es el animal de mas instintos sin duda á causa de su mayor inteligencia. La otra forma de instintos puede llamarse *social* puesto que en la sociedad se desarrollan. La mayor parte nacen de la ociosidad que da la opulencia: el hombre quiere siempre gozar con viveza, y esto desgraciadamente ni aun cuando poseamos los medios de procurarnos goces vivos, no es duradero, porque el hábito nos embota la sensibilidad: de aquí la necesidad de la mudanza; de aquí los nuevos deseos que dan á los instintos nuevas formas para poder hacer palpitar un corazon gastado é insensible á toda suerte de estímulos. La inconstancia, el fastidio, la pereza son resultados de todo. Mas si solo se redujese á lo dicho, aun serian muchas las ventajas que llevaria al salvaje el hombre social; pero desgraciadamente llegan á alterarse tanto los instintos naturales con los sociales que bien á menudo pueden apenas reconocerse, y por lo tanto la naturaleza se halla contrariada y el hombre camina á su infelicidad ó su ruina. Mas ya en este caso no pueden decirse instintos sino *pasiones* las cuales son á la verdad los abusos de aquellos.

EUG.—En efecto un instinto llevado á tanto extremo que haga sufrir, bien se le puede llamar *pasion*.

TEOD. — Por lo tanto las diferencias que llevo indicadas relativamente á los instintos son igualmente aplicables á las pasiones: el miedo, la cólera, la tristeza, el odio, el hambre, son pasiones individuales, esto es, que tienden á la conservacion del individuo; el amor, los zelos, el amor de madre, etc., son pasiones que tienden á la conservacion de la especie. Unas y otras pueden ser naturales, como los instintos, ó bien sociales, que son las que mas abundan. Unas hay que satisfechas se acallan y hacen la felicidad del individuo que las abriga; otras hay que no pueden apaciguarse de ningun modo y dan un infierno en vida al infeliz que se mira su presa. Los instintos sociales suelen desarrollar la inteligencia; las pasiones del mismo género suelen ser el movíl de todo lo grande, sea bueno ó malo, que se hace en la sociedad. Vamos á esplicar el sueño, la vigilia y los ensueños del hombre.

### § VII.

Del sueño, de la vigilia, de los ensueños y delirios.

EUG. — A mucho está obligado el filósofo naturalista: nunca me pareció que la filosofía estendiese á tantas partes sus brazos.

TEOD. — Todo lo que es cuerpo es de nuestra inspeccion, y de todo debe el verdadero filósofo buscar la causa en cuanto puede.

EUG. — ¿En qué decís que consiste el sueño?

SILV. — Digo que consiste en aquietarse ó pararse los espíritus animales dentro de los nervios. Esta quietud nace de dos causas, ó de su escasez, y ser tan pocos que no tengan fuerza bastante para moverse, ó de algun estorbo que tienen para caminar por los nervios de los sentidos y miembros; y doy la razon, porque nosotros sabemos que con el sueño se debilitan mucho todas las sensaciones de los sentidos esternos; luego durante el sueño ha de haber algun embarazo ó impedimiento para estas sensaciones. Del mismo modo mientras dormimos, hablando regularmente, no hay movimiento en nuestros miembros; luego tambien hay algun estorbo para esos movimientos. Y siendo cierto que este embarazo no está ni en los sentidos, cuya disposicion y estructura no padeció mudanza, ni tampoco hay impedimiento en los miembros que se han de mover, se infiere que el estorbo está en el cerebro ó en los espíritus animales que llevan á él las impresiones de los sentidos, y traen la determinacion para el movimiento desde el cerebro hasta los músculos de los miembros que se han de mover. Por lo tanto, si los espíritus se atascaren en los nervios, ya no se pueden mover con la facilidad que antes, ni llevarán las impresiones de los sentidos al cerebro, ni causarán movimiento en los miembros. Lo mismo ha de suceder cuando los espíritus fueren muy pocos, y por eso se aquietaren mas fácilmente. Ahí teneis la teoría que me enseñaron.

EUG. — ¿Es la vuestra tambien, Teodosio?

TEOD. — No; y advertid que no tengo ninguna,